

LA ODISEA DE SAN MARTIN EN EL PERU
1820-1822

José Luis Roca

Universidad de San Andrés - La Paz

1. *El cambio de estrategia*

Al igual que el venezolano Simón Bolívar, el argentino José de San Martín fue un hombre de grandes ideales, poderosa ambición e incansable lucha. Aunque amante de su tierra y de su gente, su apego al campanario cesaba cuando estaba de por medio la necesidad de consolidar la independencia de América la cual, a juicio de ambos seguía corriendo peligro mientras el último pedón español no fuera arriado en el paraje más remoto del continente. No porque ellos fueran antimonarquistas —que no lo eran— sino porque habían llegado al convencimiento de que con la madre patria no había posibilidad de diálogo ni transacción a menos que aquella admitiera la separación como un hecho ineluctable.

El nudo gordiano estaba en el Perú. Mientras éste no se cortara, ni Colombia ni Buenos Aires podrían respirar tranquilas a menos, tal vez, que el virrey de Lima conviniera en hacer las paces con sus vecinos y en convivir con éstos reconociéndoles el carácter de repúblicas independientes que ellos ya habían adquirido. Pero ocurría que en Lima se razonaba de manera idéntica aunque las conclusiones a que se llegaban eran exactamente las opuestas: había que exterminar hasta el último foco de la rebelión si se quería evitar que ésta destruyera a todo el imperio hispánico. Esa es la macabra racionalidad de las guerras: te mato antes que tú me mates.

Fue un joven revolucionario argentino, Tomás Guido, quien conceptualizó debidamente la necesidad de liberar primero la pe-

riferia —Chile y Lima— para de ahí finalmente realizar el asalto final al centro: el Alto Perú. Guido había estado allí como Secretario de Antonio Ortiz de Ocampo a quien en 1813 Manuel Belgrano había hecho Presidente de la Audiencia de Charcas con el revolucionario título de Presidente del Tribunal de Apelaciones. En 1816 luego de haber presenciado primero y oído después los desastres de los ejércitos argentinos en las provincias altas, Guido ocupaba el cargo de Oficial Mayor de la Secretaría de Estado en el departamento de Guerra y Marina. Desde esa posición presentó una Memoria al gobierno en la cual expresaba:

Hemos perdido veintitres meses sin ganar un palmo de terreno mientras los enemigos han creado nuevas fuerzas [...] después de haber quedado en poder del enemigo las cuatro provincias del Alto Perú y la mayor parte del armamento de cuatro mil hombres, se han salvado apenas varios piquetes al mando del general Rondeau [...]. El ejército de línea al mando de Pezuela en número de seis mil hombres aguerridos ocupa las cuatro provincias más ricas y pobladas de nuestro estado. Sus tropas victoriosas nos acechan por el norte [...]. De las provincias de Chuquisaca, Potosí, Cochabamba y La Paz extrae el enemigo los auxilios que les ofrece un país conquistado [...]. Por otra parte, el ejército de tres mil quinientos hombres reunidos en Chile flanquea por el sur nuestras provincias con la ventaja de conservar comunicaciones directas por mar y tierra con el virrey de Lima y con las tropas del general Pezuela [...]. Considero impolítico y ruinoso continuar la guerra ofensiva con el ejército auxiliar del Perú [...]. La ocupación del reino de Chile es el objetivo principal que a mi juicio debe proponerse el gobierno a todo trance y a expensas de todo sacrificio. Primero, porque es el único flanco donde el enemigo se presenta más débil. Segundo, porque es el camino más corto, fácil y seguro para libertar las provincias del Alto Perú. Tercero, porque la restauración de la libertad en aquel país puede consolidar la emancipación de la América bajo el sistema que aconsejen ulteriores acontecimientos [...]. Tal es la ocasión en que el ejército auxiliar del Perú a órdenes del general Belgrano debe marchar de frente y poner a cubierto los pueblos de una invasión (Correas 1968, 3: 2177-2246).

Nótese como este magnífico testimonio de Guido echa por tierra muchos lugares comunes como aquel que la expedición a Chile determinó que el Alto Perú perdiera su "importancia estratégica". La cosa era al revés. El objetivo final era el Alto Perú debido a su posición geográfica y a sus recursos naturales. El territorio de paso era Chile, gracias a su vulnerabilidad para ocuparlo. Este hecho, percibido en 1816 con toda claridad por Guido, no lo fue al comienzo de la revolución de Mayo cuando los jacobinos que mandaban el primer ejército expedicionario abandonaron sus posiciones seguras en Potosí y La Paz con el propósito de arremeter de una vez contra Lima para lo cual ni ellos estaban preparados ni la opinión pública estaba madura. Como se verá más adelante, el hecho de atravesar Chile y Lima para llegar al Alto Perú y no a la inversa fue también una clara concepción táctica de San Martín.

Por otra parte, Guido proponía accionar en tenaza pues mientras Belgrano debía seguir sus esfuerzos con el ejército del Norte, el resto debía cruzar la cordillera y ganar Chile. Pero Belgrano ya no creía en milagros y le decía a Guido:

En el estado actual del interior estoy creído que [los españoles] se reirán a la proposición de abandonar el territorio que ocupan para ir a situarse al norte del Desaguadero. Sus fuerzas allí son superiores y las aumentarán como y del modo que quieran, a nada tienen que temer y se rien de las decantadas republiquetas a que sólo dan valor los anarquistas. Todo su anhelo ha sido desde el comienzo de nuestra lid poseer el Potosí creyendo que era la única fuente de nuestros recursos pecuniarios. Lo es en verdad aunque no la única y no es posible persuadirse que quieran abandonárnosla cuando por otra parte a ellos les proporciona el numerario que necesitan a expensas nuestras y sin que nada cueste a lo que podemos llamar su estado [...]. La Serna ha adoptado un método diferente de sus antecesores y el terror está lejos de él [...] esto unido a las extorsiones que causan los decantados patriotas [...] (Manuel Belgrano a Tomás Guido, Tucumán 7-XI-1817, *Epistolario*, 1970: 288).

Tenía razón Belgrano. El ejército realista del Perú ocupaba firmemente el territorio boliviano y sus gobernadores como Sánchez Lima en La Paz, Mendizábal e Imás en Cochabamba y Huarte

Jáuregui en Potosí eran personajes aceptados por la población y cuyas labores administrativas no sufrían otros contratiempos que los promovidos por la indómita republiqueta de Ayopaya y los combativos indios chiriguano. Cualquier intento de nuevas expediciones por el norte estaba condenado al fracaso pues como señala un observador alemán, la gente del altiplano "no veía en los argentinos a sus libertadores, a los hombres que venían a librarles de insoportable yugo sino a los agentes del librecambio que habían inventado los mercaderes de Buenos Aires para explotar y exprimir a las regiones del interior, a los blancos que nunca podrán comprender a los indios, a los revolucionarios, a los afrancesados, a los enemigos de la iglesia (Samhaber 1961: 395).

Además, los militares españoles eran profesionales, conocían el terreno y sabían manipular a las masas indígenas. Mientras los argentinos al parecer lo ignoraban, el ejército peruano puso siempre los ojos en Oruro como centro estratégico y luego de cualquier repliegue allí se fortalecían. Maniobrando desde Oruro derrotaron a Belgrano en Potosí y a Rondeau en las goteras de Cochabamba. En Oruro Goyeneche se hizo fuerte tras su victoria en Huaqui y desde allí controlaban nuevamente todo el territorio altoperuano.

Razón de sobra tuvo San Martín al optar por la jefatura de la entonces pequeña, alejada y desconocida guarnición de Mendoza. Trocó por ésta el pomposo y competido cargo de Comandante del ejército del Norte pues desde 1814 él tenía su famoso "secreto": un ejército pequeño pero disciplinado que trastocare los Andes. La forma cómo lo hizo, la eficiencia y profesionalismo con que actuó, la imaginativa audacia de las tretas que empleó, todo, resultaron factores decisivos en el rotundo éxito obtenido en Chile entre 1817 y 1819.

2. *Libertad contra viento y marea*

La expedición al Perú presentó un cuadro radicalmente distinto. En Chile San Martín tenía amigos que integraban una organización militar y política aliada de él y copartícipe en la empresa. Desde el mismo momento en que el Libertador argen-

tino llegó a Mendoza, se le unieron los emigrados chilenos que huían de la represión que siguió al desastre de Rancagua. Hacía dos años que naves argentinas y corsarios alentados desde Buenos Aires amagaban las costas chilenas. El gobierno español que allí se había implantado luego del experimento revolucionario, era tiránico e impopular. Manuel Rodríguez y Bernardo O'Higgins, cada cual en lo suyo, fueron verdaderos co-directores de la epopeya sanmartiniana. El pueblo chileno recibió a sus libertadores con alborozo y se les unió sin reservas. Se trataba de la consolidación de un proceso revolucionario maduro.

En el Perú, por el contrario, se mantenía incólume la aristocracia virreinal. Sus condes y marqueses tenían pleitos menores con una administración cuyas trabas no justificaban una revolución separatista (1). Hasta julio de 1816 había gobernado el virrey Fernando de Abascal en un régimen competente y de mano firme que no sólo había preservado a las Audiencias de Lima y Cuzco de la oleada insurreccional, sino que además había recuperado las cuatro provincias altoperuanas que estaban en manos de Buenos Aires. Joaquín de la Pezuela, el sucesor de Abascal, llegaba a Lima con el halo de guerrero invicto y además ennoblecido con un título de Castilla. Si bien es cierto que Riva Agüero y otros criollos prominentes ayudaron a San Martín en su empresa expedicionaria, no lograron excitar el entusiasmo de las masas como sucedió en Chile. Cuando la expedición argentino-chilena desembarcó en el puerto peruano de Paracas el 7 de septiembre de 1820 de élite limeña fue más observadora que actora y empezó a tomar sus decisiones políticas de acuerdo al giro que tomaban los acontecimientos.

(1) Muy ilustrativo de lo que aquí se sostiene es el análisis de un historiador norteamericano sobre la carrera de José María de la Riva Agüero durante la época en que la revolución había prendido en el resto de América. Cuando Riva Agüero tenía 27 años en 1811 aspiraba a los cargos más altos del virreinato del Perú. En 1814 fue obligado a renunciar a su cargo en el Tribunal de Cuentas y al año siguiente se le ordenó devolver gastos incurridos anteriormente en viajes de estudios en Europa. En 1818, el Rey y el Consejo de Indias le ofrecieron otro trabajo sólo en atención a los méritos de su padre pues a él se lo consideraba incompetente y de mal carácter. En 1819, el Consejo se negó a restituirlo en su puesto de la lotería (ver Anna 1979: 153-154).

Si las provincias del Plata y las del Alto Perú constituían espacios económicos complementarios, Chile y Perú —Lima y Santiago— lo eran en un grado aún más eminente. Debido a las conocidas restricciones impuestas por España al comercio con sus colonias, el chileno y el peruano eran mercados recíprocamente cautivos. Ni Chile tenía otro comprador para su trigo que no fuera el Perú, ni éste podía vender su azúcar a cliente distinto a Chile. Países ambos del Pacífico, no podían ellos, como Buenos Aires, beneficiarse del comercio y contrabando europeos. El Consulado de Lima cuyos miembros ejercitaban en pequeña escala el contrabando desde Jamaica por la vía de Panamá, no podía contrarrestar los efectos negativos que para la economía había acarreado la pérdida de Chile.

Fue el propio Pezuela quien buscó el remedio a la situación descrita. Pese a las objeciones del Consulado resolvió otorgar licencias a barcos extranjeros para que éstos vendieran sus mercancías en Lima. En julio de 1818, la fragata norteamericana *Dos Catalinas* descargó en el Callao 6.000 fanegas de trigo y llevó azúcar peruano a Valparaíso (Anna 1979: 141). Los "enemigos" debían optar entre comerciar o pasar hambre. Aún durante el primer bloqueo al Callao hecho por Lord Thomas Cochrane entre febrero y marzo de 1819, se permitía el tráfico de buques neutrales los que prácticamente restablecieron el comercio en el Perú y Chile (*Ibidem.*). Ciertamente era ésta una guerra sui-géneris.

Lo malo del caso fue que, al conocer las noticias, Madrid llamó la atención a Pezuela por el pragmatismo de su política y lo urgía a arbitrar fondos de una fuente distinta al libre comercio como por ejemplo contribuciones del Consulado. En seguimiento de estas instrucciones, el virrey contrató un empréstito forzoso de un millón de pesos, 60 por ciento de los cuales debía ser pagado por los residentes de Lima, y el saldo por los comerciantes del Consulado. Pero pese a que Pezuela hizo una fuerte contribución de sus propios fondos, no fue posible financiar el resto. Cuando Pezuela se convenció de que ya no podía recaudar más dinero del Consulado para los gastos de la guerra, en diciembre de 1818 firmó contrato por dos años con el comandante de la fragata británica *Andrómaco* en la esperanza de que por este

medio los ingleses se pusieran de su lado en la batalla que se avecinaba. Pero, en contra de las previsiones de Pezuela, el comandante de la *Andrómaco* terminó uniéndose a su compatriota Cochrane (Anna 1979: 141-151).

La guerra tanto en la península como en América había producido un virtual colapso de la minería peruana, otrora tan próspera. A raíz del agotamiento producido en 1808 del mercurio de Huancavelica, este metal era traído de las minas de Almadén en España pero esto hubo de interrumpirse a raíz de la invasión napoleónica. A comienzos de 1814, el Tribunal de Minas tenía únicamente 651 quintales de mercurio frente a los 21.000 que necesitaba para los próximos cuatro años. A la falta de mercurio se añadía el problema de las inundaciones en las minas y la escasez de mano de obra la cual se había agudizado desde la abolición de la mita (Anna 1979: 129).

El desembarco de San Martín originó graves diferencias entre Pezuela y La Serna sobre la manera de enfrentar la invasión. Este unido a sus lugartenientes Canterac y Valdés sostenían la imposibilidad de defender Lima pues era vulnerable a un bloqueo marítimo, difícil de abastecer y con una población dividida pues a medida que pasaban los días iba creciendo el movimiento criollo en favor de San Martín. En cambio Pezuela, presionado por la "Junta de Arbitrios", (2), se inclinaba hacia la defensa de la ciudad por cualquier medio. Este tipo de diferencias, más que las de orden ideológico como se ha sostenido insistentemente, fue el que determinó la ruptura entre los dos jefes españoles y que culminó con el derrocamiento de Pezuela.

(2) La "Junta de Arbitrios" fue creada por Abascal en febrero de 1815. La presidía el virrey y la integraba el arzobispo, el intendente, el consulado, los comerciantes, el Alcalde, síndico, Junta de Minería, el factor de la Compañía de las Filipinas, el maestrescuela de la catedral, y los directores de los monopolios de tabaco y aduana. La Junta propuso aumentar la alcabala, el almojarifazgo y el quinto de plata, así como otros impuestos sobre propiedad inmueble, posadas, tambos y casas de diversión, los cuales eran aplicables también al Alto Perú. También la Junta dispuso el restablecimiento del tributo que había sido suprimido por las Cortes en 1811 (Anna 1979: 111-120).

Entre noviembre de 1820 y julio de 1821 se consolida la ocupación de la costa peruana por parte de San Martín. Pero éste captaba muy bien la diferencia entre ocupar un país y gobernarlo. Para lograr esto último prefería persuadir y halagar a la aristocracia virreinal limeña a la cual prometió respetar sus privilegios. Cochrane, en cambio seguía apelando al recurso de las armas: captura o destroza los principales navíos de guerra españoles y urge a San Martín a atacar Lima, ciudad que finalmente cae incruentamente al ser ella abandonada por la Serna. Ello dio lugar a un rápido realineamiento de fuerzas favorable a San Martín a cuyo lado se pasó el veterano batallón "Numancia" así como el gobernador de Trujillo marqués de Torre Tagle y la provincia de Guayaquil. De su parte, en una campaña relámpago, Arenales había logrado ocupar Jauja, Tarma y Cerro de Pasco. El cabildo de Lima queda compuesto por personalidades afines al Libertador argentino como el Conde Vega del Ren y José María Galdiano.

Al abandonar Lima, La Serna llevó consigo la plata de la Casa de Moneda y destruyó las máquinas para que ellas no fueran a ser usadas por el enemigo. La decisión de replegarse al interior del país resultó acertada como se probaría por los acontecimientos posteriores. En carta a Madrid La Serna dijo: "Lo cierto es que la evacuación de Lima es lo que ha paralizado el avance del enemigo y salvado al Perú de la disolución" (La Serna al Secretario de Guerra, Cuzco 22-II-1822, en Anna 1979: 178).

La declaración de independencia del Perú de 28 de julio de 1821 fue emitida en una ciudad presa del miedo y la incertidumbre. A los primeros intentos conciliatorios de San Martín seguiría una zañuda persecución contra los españoles. Muchos de ellos huyeron abandonando familias y bienes entre ellos 43 de los 64 miembros del Consulado así como la mitad de la audiencia y buena parte del cabildo eclesiástico. Los que quedaron debieron enfrentarse a la persecución de Monteagudo quien por esos días adquiriría una reputación tristemente célebre. Estaban obligados asimismo a pagar altas contribuciones y a someterse a un toque de queda de las 6 de la tarde. De unos 10.000 españoles que habían en Lima cuando San Martín desembarcó en

Pisco, a un año de la independencia no quedaban sino 600. San Martín y Cochrane vendían pasaportes a quienes querían emigrar (Anna 1979: 183-184).

La declaración fue firmada por 3.504 personas y fue redactada por José de Arriz y Manuel Pérez de Tudela. Consistió de una breve frase: "La voluntad general se ha decidido por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquier otra potencia". No fue como en Tucumán en 1816 y después en Chuquisaca en 1825 la decisión de un Congreso con participación de las provincias. A juicio de Anna, la declaración "no reflejaba el deseo genuino de los habitantes de Lima puesto que estaban imposibilitados de negarlo. Fue un trabajo de abogados, clérigos y profesionales en una ciudad desesperada, hambrienta, intimidada por la fuerza, amenazada por el caos social y coercionada por la violencia y el miedo" (*Ibidem*: 179).

Dentro de su política de congraciarse con los peruanos influyentes, San Martín puso una de las divisiones de su ejército al mando de Domingo Tristán cuya incompetencia y repetidos transfugos eran bien conocidos tanto en Lima como en La Paz y en Arequipa de donde era oriundo. Las instrucciones de Tristán consistían simplemente en mantener sus posiciones en Ica al sur de Lima, punto sensitivo pues de ahí dependía en buena medida la defensa de la capital. Debía asimismo, Tristán evitar cualquier sorpresa de los realistas quienes en los meses transcurridos desde la evacuación de Lima se habían fortalecido considerablemente y buscaban el momento de inflingir una derrota a sus adversarios que hiciera virar la orientación de la guerra. Esto fue precisamente lo que ocurrió. Canterac permanecía en Jauja al mando de una fuerte división de 3.000 hombres. En una rápida marcha que cubrió 250 leguas Canterac fue a ubicarse al nordeste de Ica y en la madrugada del 7 de mayo de 1822 sorprendió a Tristán que se encontraba en la hacienda La Macacona. En un breve combate Canterac hizo más de mil prisioneros, se apoderó de cuatro piezas de artillería así como de gran número de caballos y mulas (Barros Arana 1865: 428). El jefe victorioso volvió a la sierra a reunirse con el grueso del ejército de la Serna.

La derrota de Ica tuvo enormes repercusiones políticas. Demostró una vez más la vulnerabilidad de Lima, y acentuó la im-

popularidad de San Martín quien se convenció que su ejército expedicionario chileno-argentino era totalmente inadecuado para sostener una larga guerra como la que se avecinaba.

En medio del desconcierto y la frustración ocasionados por lo ocurrido en Ica, pronto llegó la noticia del brillante triunfo logrado por las armas colombianas en Pichincha el 24 de mayo donde se había distinguido la división peruana al mando de Andrés de Santa Cruz quien sólo dos años antes se había pasado al bando patriota. Pero si bien este triunfo fue recibido con alborozo en Lima, al mismo tiempo significaba opacar la figura de San Martín frente a los éxitos logrados por Bolívar. Además, al triunfar en Quito, el Libertador colombiano pudo anexarse la provincia de Guayaquil también reclamada por el Perú.

3. *San Martín desairado en las Provincias Unidas*

En realidad San Martín jamás ejerció el poder político o militar en la Argentina. Cuando volvió a su país en 1812, la revolución de Mayo tenía ya un fuerte impulso así como sus propios líderes fogueados desde las invasiones inglesas. En cambio el joven oficial nacido en la lejana población de Yapeyú, sin vínculos familiares en Buenos Aires traía sin embargo méritos militares y experiencia política que pronto puso en acción. El año de su llegada junto a sus amigos de la logia Lautaro derrocó el gobierno exclusivamente porteño integrado por Rivadavia y encumbró al llamado "segundo triunvirato" integrado por Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte. En 1813 tuvo lucida actuación en la campaña del Litoral y su presencia en el ejército del norte estuvo nublada por interferencias y rivalidades de su cófrade lautarino Carlos de Alvear. Luego pasó a Mendoza para de ahí lanzar sus expediciones victoriosas a Chile y Perú.

Es necesario recordar estos antecedentes a fin de entender el tipo de relaciones que existía entre el Protector del Perú y Rivadavia quien ahora, a la vuelta de 10 años, se encontraba de nuevo en el gobierno de Buenos Aires. Aunque no estuvo expresamente excluido, las instrucciones dadas por San Martín a la persona que debía buscar ayuda en las Provincias Unidas, no

mencionan a Buenos Aires (Caillet-Bois y González 1978, I: 25), lo cual es una clara muestra de las malas relaciones que siempre existieron entre los dos jefes argentinos. La misión a las Provincias Unidas fue encomendada a Antonio Gutiérrez de la Fuente, oficial peruano que junto con Andrés de Santa Cruz se había pasado a las filas peruanas en diciembre de 1820 después de haber sido hechos prisioneros por Arenales en Pasco. Gutiérrez de la Fuente emprendió viaje a los pocos días del desastre de La Macacona.

Un análisis elemental de la situación bélica en esta parte de América, ponía en claro que para tener éxito, la campaña del Perú debía estar reforzada por acciones hostiles en el otro flanco es decir, en el Alto Perú. Y la única manera de alcanzar este objetivo era logrando la cooperación de los gobiernos provinciales de la Argentina. Estos se encontraban dominados por caudillos enemigos de Buenos Aires que se habían fortalecido desde la sublevación de Arequito en enero de 1820. En aquella ocasión Rondeau, quien había reemplazado a Pueyrredón como Director Supremo, buscó ahogar la rebelión de las provincias mediante el concurso de lo que pese a tres años de inactividad seguía llamándose "Ejército Auxiliar del Alto Perú" o "Ejército del Norte". Su jefe de Estado Mayor Juan Bautista Bustos no sólo desobedeció las órdenes de Rondeau sino que en abierta rebeldía contra él y Buenos Aires se convirtió en el nuevo abanderado del federalismo que combatía a muerte la constitución centralista y pro-monárquica de 1819, y se proclamó gobernador de Córdoba. Las diferencias entre Buenos Aires y las provincias no habían podido superarse pese a la batalla de Cepeda y al consiguiente Tratado de Pilar.

En buena medida, San Martín era también un rebelde frente a la autoridad de Buenos Aires. Cuando se aprestaba a partir de Chile hacia el Perú, igual que el ejército del Norte, el suyo recibió órdenes de volver a Mendoza para de ahí expedicionar contra los insurrectos de las provincias. San Martín, desobedeciendo tales órdenes, continuó con sus planes militares que lo llevarían hasta Lima. Pero al obrar de esta manera quedó desvinculado del poder bonaerense y por tanto su autoridad no emanaba ya de ningún gobierno. Se convirtió en un luchador por la independencia cuya sola patria era la gran América. Y para

liberarla buscó la cooperación de los gobernadores de las provincias. Uno de éstos se llamaba José María Pérez de Urdininea.

Pérez de Urdininea había nacido en Luribay, pueblito ubicado en un valle cercano a La Paz. Incorporado joven a las campañas de la independencia, había hecho su carrera militar en el ejército argentino y era un jefe importante de éste. Durante la llamada "anarquía del año 20" militó en el bando unitario adicto a Buenos Aires y tuvo una participación decisiva en el exterminio de uno de los últimos focos del federalismo antiporteño, aquel encabezado por el chileno José Miguel Carrera quien a su vez se había tornado enemigo de Bustos.

Urdininea era respetado por ambos bandos y estaba ligado a San Martín mediante una estrecha amistad. Ella lo incitó a invitarlo a que se le uniera en la campaña del Perú diciéndole: "Amigo mío, inmediatamente de recibida ésta, póngase Ud. en marcha para poder alcanzarme ya que vamos a cumplir con la patria y nuestro honor [...] venga Ud. luego a su mejor amigo que lo estima de veras" (3). Pero en esos momentos —mayo de 1820— el jefe altopereano estaba dedicado a otras tareas militares y no aceptó la tentadora invitación. Una persona que lo conoció observaba que Urdininea "tenía una inteligencia reconocida por quienes lo trataban que unida a su decidido patriotismo y austeridad moral hacían de él la persona indicada para hacer frente a tan difícil adversario [los caudillos de las provincias]". (Hudson, Damián, *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, Buenos Aires 1989, I; 421; citado en Romero 1978: 23).

El prestigio de que gozaba Urdininea tuvo su culminación cuando mediante un pronunciamiento popular los habitantes de

(3) Romero 1978: 22 (Carta de San Martín a José María Pérez de Urdininea, Santiago 1-V-1820). El trabajo de Romero es capital en el esclarecimiento de esta época hasta entonces desconocida casi por completo en la historiografía boliviana. Para elaborarlo, la Sra. Romero utilizó un importante fondo documental coleccionado por el propio Urdininea y clasificado por el bibliógrafo boliviano José Rosendo Gutiérrez. Los documentos se encuentran ahora en la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz.

San Juan depusieron al gobernador José Antonio Sánchez y por "universal aclamación" designaron en el cargo al jefe alto-peruano. Pero éste tenía la idea fija de ir a combatir por la libertad de su patria ya sea a través de una expedición por el norte argentino o incorporándose al ejército de San Martín aceptando la reiterada invitación que le había hecho el Protector (Romero 1978: 32).

Fundamentaba su negativa diciendo que "compromisos muy sagrados con la patria me arrastran a otro destino, mi precaria permanencia en este pueblo hace ilusorios los destinos que se propone ... mi permanencia en el país es de momento y así no puede cimentar su felicidad [...]" (Romero 1978: 33). Ante la insistencia del cabildo finalmente acepta el cargo en enero de 1822 pero a los dos meses quería retirarse ya que "la provincia goza en el día de una perfecta tranquilidad y el sagrado y antiguo compromiso que tengo de incorporarme al ejército libertador del Perú hacen que haya decidido resignar en manos de la Honorable Junta de Representantes el gobierno de la provincia". Ante nuevas presiones y negativas, Urdininea hubo de permanecer un año como gobernador de San Juan (Romero 1978: 34).

Fue entonces que San Martín tomó dos medidas simultáneas: envió desde Lima a Gutiérrez de la Fuente en busca de auxilio a las provincias y le escribió a su amigo Pérez de Urdininea instruyéndole que reuniese una fuerza en Salta para amagar al enemigo por la espalda hacia Potosí. Opinaba que el jefe de esta expedición debería ser Bustos y Urdininea el segundo (San Martín a Urdininea, Lima, 16-V-1822, en Romero 1978: 46). De su parte la Fuente se embarcó en el Callao el 20 de mayo y regresó allí mismo el 20 de diciembre después de haber fracasado en su misión (4).

Las instrucciones de San Martín a Gutiérrez de la Fuente decían que él debía marchar "a las diferentes provincias del

(4) "Gutiérrez de la Fuente llevó un diario de sus gestiones que completó con una intensa actividad epistolar. Su archivo estuvo en manos del historiador peruano don Mariano Paz Soldán, quien lo empleó en su **Historia del Perú Independiente. Primer Período, 1819-1822**" (ver Caillet-Bois y González 1978, I: 19).

Río de la Plata con el objeto de exigir de ellas la libertad del Alto Perú en combinación con las operaciones del Ejército Unido Libertador que debía emprender su marcha a Intermedios". Específicamente debería ir a San Juan para conferenciar "con el benemérito y patriota coronel Urdininea a fin de que se haga cargo de la división de Cuyo". De San Juan el comisionado debería dirigirse a Mendoza, luego a Córdoba y finalmente a Salta donde debería concluir su cometido (Caillet-Bois y González 1978, I: 23-26).

Aunque concedor de las graves diferencias internas entre las provincias argentinas y el desinterés de Buenos Aires en continuar la guerra, San Martín apeló a las autoridades de esta última para que autorizaran la movilización de 250 hombres por provincia y que formara una división que "aunque no pase de mil hombres se aproxime a Suipacha, apure el conflicto de los enemigos y siguiendo sus pasos, ocupe el campo que estos abandonen y proteja los pueblos hasta ponerse en comunicación con las tropas patrióticas que avancen a La Paz" (Caillet-Bois y González 1978, I: 32-33). El 15 de junio La Fuente llegó a Santiago y se entrevistó con O'Higgins. Aquél anotó en su diario: "El [O'Higgins] me asegura enteramente cerrada la puerta de auxilio por lo que es la capital de Buenos Aires pero sí promete el mejor resultado en los demás pueblos adonde me dirijo, particularmente con el general Bustos [...]" (Caillet-Bois y González 1978, I: 37). El 9 de julio llegó a Mendoza cuyo gobernador Pedro Molina le ofreció 100 hombres montados con sillas, aunque aclarando que antes era necesario conocer la voluntad de Buenos Aires a fin de que este gobierno facilitara los auxilios de armamento así como el dinero para el sostenimiento de la tropa. Idéntica respuesta obtuvo de Salta (*Ibidem*: 39-40).

El 6 de julio el comisionado llega a San Juan y visita a Urdininea con quien hace una rápida y cordial amistad. Aunque éste era parte esencial de la empresa, ambos llegan a la conclusión de que para su éxito era imprescindible el apoyo político y la cooperación financiera de Buenos Aires. El 15 del mismo mes llega a Córdoba. El gobernador Bustos ofrece mil hombres y toda su cooperación siempre que las demás provincias muestren decisión y seriedad en sus compromisos. Escribe al gobernador

de Buenos Aires Martín Rodríguez presentándole a Gutiérrez de La Fuente y dota a éste de una comitiva en la cual iba su sobrino y secretario Francisco Ignacio Bustos. El 29 de julio llegan a Buenos Aires y de inmediato buscan a Rodríguez quien se limita a expresar al comisionado que había recibido la correspondencia y que tales asuntos deberían ser tratados con el Ministro Rivadavia. Este previno a Gutiérrez de la Fuente sus dudas sobre la buena fe de Bustos. *El Argos*, periódico de Buenos Aires destaca la llegada del comisionado así como el objeto de su misión. Por decisión de Rivadavia, todo lo referente a ésta debía ser resuelto por la Junta de Representantes de la provincia. Esta resuelve nombrar una comisión de seis miembros para estudiar el asunto (Caillet-Bois y González 1978, I: 57-82).

La Junta comenzó a debatir la ayuda solicitada por San Martín el 14 de agosto. En esa primera reunión el ministro de Hacienda Manuel García, y los canónigos Valentín Gómez y Agüero aseguraron que a Buenos Aires le era más útil que los enemigos permanecieran en el Alto Perú. Gutiérrez de la Fuente anotó en su diario: "[...] se manifestaron opuestos a la expedición no porque no exigía la razón y la necesidad sino porque lo pedía el Protector contra quien estaban opuestos los más de los representantes de la Junta". El gobierno presentó a la Junta un proyecto por medio del cual en vez de armar una expedición se entrara en negociaciones con el régimen español en el Perú. El comisionado volvió a anotar en su diario: "se decidió con vergüenza en la Sala de Representantes apoyando todos los diputados (menos uno) en el proyecto de Decreto del gobernador reducido a cortar la guerra por medios pacíficos y políticos tratando con España y haciendo una suspensión de armas con los españoles que ocupan el Alto Perú". Transmite esta misma novedad el gobernador Bustos (5).

-
- (5) Caillet-Bois y González 1978, I: 84-97. El único voto a favor de proporcionar a San Martín los auxilios requeridos fue el del representante nacido en Oruro y doctorado en Charcas Esteban Agustín Gascón, quien manifestó que era "una extravagancia de asegurar que recibía ventajas el país con la existencia de los enemigos en el Perú" y que si se sostenía tal absurdo era únicamente "por los esfuerzos de una rivalidad hacia el general San Martín" (*Ibidem*: 85, 95).

Al tomar esta decisión, el gobierno de Buenos Aires resolvió asimismo rehusar el carácter oficial de Gutiérrez de la Fuente. Por toda respuesta a sus gestiones, éste recibió un pliego cerrado con destino al Protector del Perú. Se lo reducía de esta manera al carácter de simple mensajero. El comisionado protestó ante Rivadavia diciendo: "si el señor Ministro recuerda el tenor del diploma que tuve el honor de presentarle, no podrá menos que que persuadirse de la facultad con que se halla para recabar de todos los gobiernos de estas provincias que cooperan en cuanto les sea posible a la formación de aquella fuerza". Insiste en que ya sea que el gobierno de Buenos Aires atienda o no la solicitud de auxilios él debe saberlo "porque semejante noción influye en el logro de dichos objetos que le señalan sus instrucciones". Gutiérrez de la Fuente termina su carta exigiendo pronta respuesta así como sus pasaportes para iniciar viaje de retorno. El mismo día, 29 de agosto, Rivadavia replicó fría y descortésmente: "atendiendo al tenor mismo de la comunicación credencial del excelentísimo señor Protector del Perú de 16 de mayo último y principalmente a la naturaleza de ella y a los antecedentes que le han precedido, debe darse por suficientemente contestada con el pliego cerrado que se le ha remitido para su excelencia el señor Protector". Se le adjunta el pasaporte "de conformidad a la petición del señor enviado" (Caillet-Bois y González 1978. I: 97-99).

La decisión de terminar en forma tan abrupta y descomedida la misión de Gutiérrez de la Fuente en Buenos Aires se debió seguramente a la ocurrencia de un conato subersivo que tuvo lugar pocos días antes, el 23 de agosto. En la sesión de la Junta de Representantes de ese día, el comisionado sanmartiniano notó que "Rivadavia parado en la tribuna, echando espuma por la boca y del modo más acalorado "denunció que" se tramaba en la ciudad una formal revolución y a la cabeza lo era el doctor Tagle que se hallaba preso en el fuerte [...] el disfraz de la revolución era que nos oponíamos al culto y nos queríamos entregar a España [...]" (Caillet-Bois y González 1978, I: 97-99). Gutiérrez de la Fuente, quien desde su llegada a Buenos Aires se había dado cuenta de que pisaba terreno hostil, vio la posibilidad de obtener cooperación de un grupo de comerciantes de aquella ciudad entre los que

figuraba Ambrosio Lezica. Para ellos, "la eliminación de los realistas en el Alto Perú significaba en definitiva la apertura del comercio con esas tierras y la reanudación del tráfico con las del Perú" (Caillet-Bois y González 1978, I: 78). El 7 de agosto el comisionado promovió una reunión en casa de Lezica "juntamente con Zañartu y Godoy Cruz tratando el modo como podríamos interesar al comercio para que diésemos movimiento a una expedición que convenía para asegurar la independiencia absoluta de América, respecto a que por parte del gobierno había casi la probabilidad de su negativa". Por esos días Gutiérrez de la Fuente recibió la visita del general Carlos Alvear, nada amigo del gobierno de Buenos Aires, quien según el comisionado "en sus preguntas me hizo alcanzar que se interesaba en ir al Perú" (Caillet-Bois y González 1978, I: 82).

El 23 de agosto, horas antes de que Rivadavia hiciera en la Junta de denuncia de subversión, Gutiérrez de la Fuente recibió de Lezica la oferta de 4.000 sables y 2.000 vestuarios para apoyar los planes de San Martín. El comisionado no se atrevió a formalizar la operación pues no tenía instrucciones para ello y creyó también conveniente discutir el asunto con Bustos. El 25 hubo nueva reunión en casa de Lezica donde se comentó que "los facciosos se tomaron el pretexto que la revolución era porque el gobierno no quería prestar auxilios al general San Martín y se quería directamente comprometerlo" (6). El propio Rivadavia confirmó estos rumores cuando dijo en la Junta "que una de las causas para dicha revolución era no haber querido el gobierno cooperar a los mil hombres que pedía el general San Martín". Por su parte, el comisionado apuntaba en su diario: "el fermento de la revolución crecía por instantes y no se veían sino corrillos, ya no se hallaba sino de los autores de estas desgracias y ya se decía que Rivadavia era un tirano, que no debía existir" (Caillet-Bois y González 1978, I: 96-97). Los aprestos subversivos concluyeron, sin embargo, con el apresamiento de Tagle, un coronel Vidal y otros cabecillas. El 1º de septiembre, después de un mes de gestiones frustrantes y estériles,

(6) Caillet-Bois y González 1978, I: 92-93. La policía de Buenos Aires notificó a Lezica que no debía confeccionar ese vestuario (Paz, 1892, I: 349).

Gutiérrez de La Fuente sale de Buenos Aires con destino a Córdoba adonde llega el 10 de ese mes.

4. *Gutiérrez de La Fuente pide auxilio fuera de Buenos Aires*

Lejos de amilanarse por el fracaso de Buenos Aires, el vigoroso comisionado de San Martín continúa su cruzada en favor de la liberación del Perú concentrando esta vez sus esfuerzos en las demás provincias argentinas. A este fin, durante su permanencia en Mendoza había enviado a su ayudante José Ignacio Mendieta a visitar a nombre suyo aquellas provincias. Mendieta cumplió el encargo a cabalidad y logró excitar el entusiasmo aún de las provincias alejadas. Así por ejemplo, el gobernador de Catamarca, Eusebio Gregorio Ruza expresó: "Catamarca que siempre ha prodigado sus auxilios en favor de la libertad del país se degradaría ahora si no se prestase a ser el primero en tan honrosa lucha". Y agregaba: "marcharemos al punto designado de Salta con el número de hombres que nuestra pobreza nos permita" (Caillet-Bois y González 1978, I: 102).

Pero fue en Salta donde se produjo la mayor eclosión de entusiasmo ya que "a ninguna provincia puede hacerse una invitación más lisonjera que a la de Salta. Ella más que ninguna ha sufrido anualmente la invasión, ruina y desolación de esos leones feroces que hace muchos años han jurado nuestro exterminio y destrucción total" (José Ignacio Gorriti a Antonio Gutiérrez de la Fuente, Salta 29-VII-1822, en Caillet-Bois y González 1978, I: 104). Una reacción semejante se produjo en Jujuy donde el gobernador Juan Manuel Quirós escribió a Gutiérrez de la Fuente asegurándole su adhesión "a sus altas miras y al propósito de dar la última mano a la gran empresa de la extinción de los tiranos que reconcentrados en el corazón del Perú alejan demasiado los felices momentos de contar con su libertad absoluta" (Caillet-Bois y González 1978, I: 107).

En Tucumán la situación se presentaba distinta. La Junta de Representantes de aquella provincia informó a Mendieta que "es bien doloroso que las circunstancias desastrosas en que se halla envuelta la provincia, le priven del placer de adoptar medidas que llenen los deseos del Protector". Expresiones simi-

lares tuvo el gobernador Diego de Araoz quien hizo saber al emisario "que una monstruosa anarquía se halla devorando al país privándome de la complacencia de cooperar el gran proyecto que se propone el Protector del Perú". De Santiago del Estero vino una reacción más cuidadosa y analítica. Su gobernador Felipe Ibarra opinó que aunque en su provincia existía mucho entusiasmo por la expedición ella no sería viable sin la cooperación de Buenos Aires la cual "se sabe que ha resuelto mandar diputados a tratar con el enemigo sobre pacificación" (Caillet-Bois y González 1978, I: 108-110).

Entre las varias razones que explican la falta de simpatía y suspicacia con que fue visto en Buenos Aires este proyecto sanmartiniano para liberar el Perú, figura el problema que creaba el gobernador de Córdoba, Juan Bautista Bustos. No hay que olvidar que pese a la normalización de relaciones entre Buenos Aires y las provincias lograda por el gobernador porteño Martín Rodríguez mediante el Tratado de Benegas, (7). Bustos seguía siendo hombre de cuidado. Como jefe rebelde en Arequito, su poderío local en Córdoba no era nada grato a los ojos de los jefes porteños Rodríguez y Rivadavia. Probablemente fue la opinión negativa de éstos con respecto a Bustos la que se vio reflejada en una publicación del periódico local *El Argos*. A pocos días de llegados a Buenos Aires de la Fuente y el sobrino de Bustos, dicho periódico lanzó un ataque contra el gobernador cordobés. Lo acusaba de haberse apropiado indebidamente de cerca de cien mil pesos de la venta de unos azogues procedentes de Buenos Aires más los ingresos de aduana que sumaban otros cien mil cada año. A juicio de *El Argos*, este dinero era empleado por Bustos para mantener en beneficio propio una fuerza de 2.000 hombres con perjuicio de la causa pública. A fin de desacreditar aún más al gobernador cordobés, el libelista añadía que según comentarios, Bustos "con sus proceder violentos abrevió

(7) Este tratado se llamó así por haberse firmado en la estancia de Tiburcio Benegas entre el gobierno de Buenos Aires y el gobernador de Santa Fe, Estanislao López. Tuvo lugar el 24 de noviembre de 1820 (Ver Romero 1978: 20, n. 11). Los dos principales caudillos antipor-
teños habían sido derrotados: Francisco Ramírez, "el supremo entre-
rriano", muerto a manos de su antiguo aliado López y José Gervasio
Artigas confinado en el Paraguay de donde no saldría nunca más.

la vida del general Belgrano". Y concluía diciendo que ningún jefe podrá dar garantías contra el mal uso que pudiera hacerse del ejército que se pretendía armar (*El Argos*, 7-VIII-1822, Nº 58, Caillet-Bois y González 1978, I: 118).

Conocedor de esta publicación, Bustos reacciona ante su amigo Estanislao López: "Parece que la proyectada expedición al Perú ofrece sus obstáculos por parte del gobierno de Buenos Aires. Ya habrá visto Ud. el número 58 del Argos y como el gobierno se desentiende de ella pasando el proyecto a la Sala de Representantes para ser autorizado a negociar con el enemigo, y cómo con este motivo el periodismo ensangrenta su pluma directamente contra mi honor e indirectamente contra San Martín" (Bisaniche, José Luis; *Estanislao López y el federalismo del litoral*, Buenos Aires 1910; 160; citado en Caillet Bois y González 1978, I: 114).

Cuando Gutiérrez de la Fuente llegó de Buenos Aires a Córdoba el 10 de septiembre, a Bustos le había pasado todo entusiasmo por la proyectada expedición. El comisionado anotó en su diario: "le informé [a Bustos] del resultado de mi comisión, y fue hombre que me contestó que sin dinero nada se hacía, que Córdoba no lo tenía, y que era sumamente inútil que pasase adelante porque nada se avanzaría, que regresase a Lima y que le impusiese a su excelencia del estado de aquellos países que él estaba a servir con lo que pudiese" (Caillet-Bois y González 1978, I: 115).

Gutiérrez de la Fuente tenía un poderoso aliado en Urquiza quien compartía con él su decisión y entusiasmo para llevar adelante la expedición aún contra los deseos y la voluntad de Buenos Aires. El jefe altoperuano escribió a Bustos insistiendo en "emprender algo con sólo los recursos de las demás provincias interesadas en la expedición por su comercio, por su tranquilidad y prosperidad [...]". Le recuerda cómo San Martín "sin más recursos que los de una sola provincia formó un ejército de 4.000 soldados, se hizo de todos los elementos necesarios hasta el de la pólvora y las balas y lo pasó al otro lado de los Andes". (Caillet-Bois y González 1978, I: 116). Por su parte de la Fuente seguía insistiendo en la misma posición hasta que Bustos

terminó ofreciendo su colaboración "sobre la base de las aportaciones prometidas por San Luis, Mendoza, San Juan y Catamarca en el sentido de poner 450 hombres en Salta. "El gobernador de Córdoba a su vez se comprometía a "poner de esta provincia y ejército la fuerza que falte o toda la división de hombres que han de servir al nuevo proyecto con seis mil pesos en dinero para su pronto apresto y quinientos mensuales de asignativo perpetuo para su manutención siempre que las demás provincias coadyuven a la empresa con propuestas que condigan a la subsistencia de la división armada y seguridad de su mantenimiento" (Juan Bautista Bustos a Antonio Gutiérrez de la Fuente, Córdoba 20-IX-1822, en Caillet-Bois y González, 1978, I: 125).

Pero Bustos actuaba con una doblez desconcertante. Por un lado hacía esas promesas a Urdininea y de la Fuente, y por el otro, disuadía a uno de los aliados potenciales, el gobernador de San Luis, José Santos Ortiz instándolo a negar su cooperación (Caillet-Bois y González 1978, I: 142; Romero 1978: 52). Actuando con más franqueza pero con igual inconsistencia, el 7 de octubre Bustos se retracta ante de la Fuente de todo lo que hasta ese momento había prometido para de nuevo a los pocos días comprometer su ayuda "pero no a contribuir con las fuerzas de trescientos hombres que se había impuesto a su provincia". Ante la insistencia del comisionado, Bustos en un nuevo cambio de actitud accedió a facilitar "trescientos hombres, seis mil pesos iniciales y quinientos mensuales pero entonces sostuvo que era necesario preparar un presupuesto para conocer cuánto podían afrontar las demás provincias [...]" (Caillet-Bois y González 1978, I: 130-131). Ahora estaba a la vista que las veleidades de Bustos producían el mismo efecto que las negativas de Rivadavia. A Urdininea y a de la Fuente no les quedaba otro recurso que explorar nuevas alternativas para llevar adelante el tenaz proyecto en que estaban embarcados. El jefe altoperoano se expresaba así del gobernador de Córdoba: "Bustos. Desde que supe las largas peticiones de este buen hombre, me formé el juicio de lo que iba a contestar Buenos Aires y de consiguiente la imposibilidad de que se realizase la proyectada expedición atendida su alma fría, insignificante e incapaz de pensar" (José

María Urdininea a José María Paz, 16-X-1822, en Caillet-Bois y González 1978, I: 135).

El 15 de octubre de la Fuente expide desde Córdoba una circular a los gobernadores de San Juan, Mendoza, San Luis, Tucumán, Salta y Jujuy (en una anterior se dirigía también a La Rioja, Catamarca y Santiago del Estero) anunciando que en virtud de un acuerdo entre los tres (de la Fuente, Urdininea y Bustos) se llevaría a cabo la expedición aún por encima de la negativa de Buenos Aires. Luego de especificar las obligaciones de cada provincia se promete que los organizadores gestionarán el reembolso de los gastos a incurrirse "bien sea de los fondos de las cajas del Alto Perú cuando éste se vea libre del enemigo o de la tesorería general del mismo Lima como lo tiene ofrecido el excelentísimo señor Protector del Perú" (Caillet-Bois y González 1978, I: 134).

Urdininea que se encontraba en Córdoba cooperando a de la Fuente en sus gestiones se dirigió junto con éste a San Luis. Ambos llegaron a esa capital provincial el 26 de octubre. Allí se encontraron con la noticia de que un señor Godofredo Poynard había buscado a de la Fuente en Córdoba y al no encontrarlo le enviaba una correspondencia a San Luis. Ella contenía la oferta de un comerciante inglés Ricardo Orr quien "estaba en condiciones de facilitar cien mil pesos para la expedición por lo que expresaba su satisfacción por esta generosa oportuna oferta y por los triunfos del Washington americano, el incomparable San Martín". Ya con anterioridad el 8 de octubre Poynard había presentado a la legislatura de Salta los términos de esta negociación donde se explicaba que el dinero no sería puesto directamente por los ofertantes sino que ellos lo obtendrían de prestamistas. A su vez, éstos serán cubiertos "una vez tomada posesión de La Paz por fuerzas patriotas". Se nombraría administrador a uno de los prestamistas a quien se recompensaría "con la introducción al Alto Perú libre de todo derecho de 200.000 pesos en mercaderías". Por último se deja determinado que "de todo contrato que se celebre es fiador y llano pagador el Protector del Perú" (Caillet-Bois y González 1978, I: 138-139).

Gutiérrez de la Fuente contestó a Orr mostrando interés por el negocio y el 31 de octubre salió hacia Mendoza siempre acompañado de Urdininea. El 2 de noviembre en la Posta del Rodeo de Chacón se enteraron de la llegada de San Martín a Chile luego de la renuncia de éste al gobierno del Perú independiente. Gutiérrez de la Fuente anotó en su diario que había oído decir a Urdininea: "Gran Dios de las batallas, ¿cómo en momentos tan dichosos oponéis nuevas barreras a la libertad de la patria?... todo, todo va a perderse". Ya en Mendoza, el gobernador Pedro Molina le informó que la Junta de Representantes de la provincia resolvió dejar sin efecto toda iniciativa referente a la proyectada expedición (Caillet-Bois y González 1978, I: 147-149).

5. *El ocaso de San Martín y el Alto Perú*

Once años habían transcurrido desde que San Martín junto con sus hermanos del logia, Alvear y Zapiola, llegó a playas americanas. Su actividad política y militar había sido intensa, eficaz, casi prodigiosa. Siempre triunfando para entregar el poder a otros. En 1812, al segundo triunvirato, al año siguiente a Rondeau, luego a Pueyrredón, en 1817 a O'Higgins y ahora en 1822, de nuevo a un Triunvirato. Y aún después de liberada América con la derrota definitiva de los españoles en el Perú, él no quería mandar sino entregar la corona a un monarca extranjero. Parecería que este hombre de excepción buscaba la gloria pura, sin la contaminación ni las vulgaridades que conlleva el ejercicio y goce del poder.

Ya desde que cruzó los Andes hacia Chile, San Martín estaba muy enfermo. Tuvo que hacerlo la mayor parte en camilla. Su mal, el mismo que el de Bolívar, se fue agravando progresivamente aunque su resistencia física le iba a prolongar la vida mucho más allá que la del Libertador venezolano. San Martín siempre tuvo curiosidad, deseos y urgencia de tratar con él. Primero fue a buscarlo a Guayaquil en marzo de 1822 y no lo encontró. Volvió, sin previo aviso, el 25 de julio a bordo de la goleta Macedonia. Al día siguiente llegó hasta allí Bolívar para conducirlo a la ciudad engalanada con las banderas de Colombia, Perú y Argentina. Muy distinta era la posición que

representaban ambos próceres y el poder que la sustentaba. Bolívar era jefe de un estado poderoso en términos americanos, ubicado en un dilatado espacio geográfico, con sus finanzas en orden y sus instituciones en funcionamiento. San Martín nunca mandó en la Argentina, rehusó mandar en Chile y el gobierno que instaló en el Perú carecía de base política y de fuerza militar. Llegaba a entrevistarse con Bolívar luego que lo mejor de su ejército había sido derrotado en Ica y cuando no abrigaba ninguna esperanza de que el gobierno de Buenos Aires le ayudara en la empresa de consolidar la independencia del Perú. La situación interna en Lima era insostenible, en lo económico el país estaba exhausto, la clase políticamente activa no estaba convencida de la independencia y los excesos jacobinos de Montegudo permitieron a los enemigos de la revolución mostrar al líder argentino como a un tirano antes que como benefactor. De remate, Guayaquil a quien San Martín consideraba peruana, bajo la incoercible influencia de Bolívar acababa de anunciar su incorporación a Colombia.

Sólo dos días estuvo San Martín en Guayaquil. Una noche en medio de una fiesta que Bolívar había preparado en su honor se embarcó en *La Macedonia* tan furtivamente como había llegado. A partir de ese momento, Bolívar definiría la suerte del Perú. No había sitio para los dos hombres. Al margen de los debates académicos sobre el tema, esa es la gran conclusión a que se llegó en la entrevista de Guayaquil.

A su vuelta a Lima San Martín se sintió más enfermo aún. Sus médicos le combatían su tuberculosis con opio, el mayor analgésico conocido entonces. Lo tomaba en dosis cada vez más grandes que alternativamente le provocaban euforia y paros respiratorios seguidos de estreñimiento. Al pasarle los efectos de la droga quedaba exhausto y deprimido y sufría de dolores gástricos, náusea y vómito que exigían más opio aunque no se sabe con certeza si esto afectaba o no su discernimiento (Galatoires, Aurelo Luis, *Cuáles fueron las enfermedades de San Martín*, en Anna, 1979: 195). En estas circunstancias San Martín se recluyó en el pueblo de La Magdalena, cerca a Lima, delegó el mando en sus ministros y convocó el primer Congreso de la historia del Perú independiente. Este se reunió el 20 de sep-

tiembre con la participación sólo de los departamentos ocupados por las armas independientes (Lima, Tarma, Huaylas, Trujillo y La Costa) mientras que los demás estuvieron representados por personas que residían en Lima. De los 81 diputados que se reunieron, 26 eran eclesiásticos, 28 abogados, 5 militares, 8 médicos, 9 comerciantes y 5 propietarios. De ellos catorce eran oriundos de otros países: 9 colombianos, tres argentinos, un boliviano y un chileno (Basadre 1968, I: 5).

El Protector en persona abrió las sesiones del Congreso, y allí mismo depuso el mando político y militar de que estaba investido y se recluyó de nuevo en La Magdalena. Aquella misma noche, en la forma discreta y casi subrepticia que a él le gustaba, se embarcó en Ancón y se hizo a la vela rumbo a Chile dejando una proclama que circuló impresa al día siguiente la cual explicaba su determinación. En ella decía que estaba cansado de oír decir que pensaba en coronarse rey, que creía peligrosa la presencia de un soldado triunfador en los países nuevos. Terminaba diciendo que sus servicios estaban recompensados con creces con la satisfacción que tenía de haber cooperado a la independencia de Chile y del Perú (Barros Arana 1865: 430-431).

No vaya a creerse por lo anterior que San Martín salió del Perú "derrotado". Tuvo, es cierto, un fracaso político pero estaba dispuesto a compensarlo en Chile. El 11 de noviembre, Gutiérrez de la Fuente recién llegado de Mendoza, fue a visitarlo en Santiago. Aquél anotó en su diario: "tuve mucho gusto de encontrarlo tan gordo. Me recibió con los brazos abiertos. Hablé mucho con él. Allí pasé todo el día. Quedamos conformes en hacer un propio o escribir por el correo facultando a Urdininea para que negociase cincuenta mil pesos con el inglés que se había franqueado". En cumplimiento de estas decisiones, de la Fuente escribe al jefe alto-peruano para expresarle que "el Protector había dispuesto poner en sus manos y depositar toda la confianza para que vuestra señoría obre en esas provincias como general en jefe de la expedición y como comisionado particular del Perú libre". Con ese objeto le incluía los poderes para que Urdininea "negocie tanto, con el comercio cuanto con los gobiernos un empréstito de 50.000 pesos por ahora, suficientes para

comprender en el número de 800 a 1.000 hombres (Caillet-Bois y González 1978, I: 152-153).

A tiempo que se despachaban estas instrucciones a Urdininea, ya había zarpado del Callao la expedición a Puertos Intermedios al mando del general Rudecindo Alvarado con 4.000 hombres. A ella San Martín le había dado su máximo apoyo y su finalidad era internarse en la sierra peruana y desalojar de allí a las fuerzas realistas. Pero ella no podía tener éxito —como en efecto no lo tuvo— a menos que el escuadrón Urdininea amagara por el lado de Tupiza. Después de hablar con el Protector, de la Fuente trataba de levantar el ánimo de Urdininea diciéndole: “Déjese Ud. de cavilar y pensar nada, ni bueno ni malo, sobre la venida del general [San Martín] a Chile como particular. Usted sabe que él siempre es y será nuestro único general [...] lo único que puedo a Ud. decir es que él trabaja y trabajará por nuestro Perú [...] y sabe mejor que nadie que Ud. es capaz de emprender y que Ud. lo desea como buen militar [...]”. Por último, Gutiérrez de la Fuente lamentaba no poder acompañarlo en la expedición pues debía ir a Intermedios a reunirse con Alvarado para darle cuenta de lo convenido, y “de los progresos que realizaba en el Perú don Tomás [José Miguel] Lanza que reunía una fuerza superior al millar de hombres que estima podría unirse muy pronto con la que comandaba Urdininea” (Gutiérrez de la Fuente a Urdininea, Santiago 13-XI-1822, en Caillet-Bois y González 1978, I: 154).

Mientras San Martín desde Santiago seguía alentando la expedición de Urdininea, se encontraba allí en carácter de plenipotenciario peruano, José Cavero y Salazar quien participó en las entrevistas e iniciativas del Protector y Gutiérrez de la Fuente. El 14 de noviembre, Cavero y Salazar a nombre de su gobierno firmó un “acta de responsabilidad” en la cual admite cuánto interesa al Perú “el que se organice y marche a la mayor brevedad posible en auxilio del ejército del mismo estado, una división compuesta de 500 veteranos al mando del señor coronel don José María Pérez de Urdininea”. El mismo documento autoriza a dicho jefe a conseguir 50.000 pesos “bajo la expresa responsabilidad del señor don Rudecindo Alvarado, general en

jefe del ejército del Perú" (Caillet-Bois y González 1978, I: 156-157).

Pero eso no era todo. A fin de que no cupiera ninguna duda sobre el apoyo que San Martín daba al asunto, en la misma fecha él escribe a Urdininea diciéndole: "no he podido menos que ratificar lleno de júbilo, el acertado concepto que tenía ya formado de su honradez, opinión, pericia, desempeño y demás apreciables cualidades que le caracterizan. Yo creo firmemente que al cabo de alguna actividad para estar en movimiento con los quinientos hombres que debe tener a sus órdenes a fines de diciembre precisamente, nos llenaremos de nuevas glorias, confundiremos la tiranía, haremos ver al mundo entero nuestros esfuerzos y tendremos el gusto de darnos un fuerte abrazo al fin de nuestra obra" (San Martín a Urdininea, Santiago 14-XI-1822, en Caillet-Bois y González 1978, I: 158). Como puede verse, San Martín no había decaído en su espíritu patriótico y continuaba fresco su deseo de liberar el Alto Perú. Maniobrando los hilos conductores desde Chile, quería de una vez por todas acorralar a los realistas: Alvarado por el norte, Urdininea por el Sur, Lanza por el Oriente.

En la misma fecha en que escribía a Urdininea, San Martín hacía lo propio con Ambrosio Lezica, el comerciante de Buenos Aires interesado en ayudar a la expedición a quien le comunica que a fines de diciembre se pondrán en marcha 500 hombres al mando de Urdininea quien "deberá garantizarle a nombre del gobierno del Perú los gastos y costos que Ud. haga hasta entregarle las especies mencionadas según el número que necesito precediendo antes una razón individual y circunstanciada de cuanto se invirtiese para que todo sea cubierto a su debido tiempo" (Caillet-Bois y González 1978, I: 160).

Poco antes de abandonar el Perú, San Martín preparó las instrucciones para la expedición a Intermedios. Llevan por fecha el 18 de septiembre (Otero 1945; VI: 268) y de acuerdo a ellas el general Rudecindo Alvarado debía embarcarse en el Callao, entrar en Arequipa por Arica y caer así sobre el Cuzco. Pero a fin de que este ataque tuviera posibilidades de éxito él debía combinarse con otro del general Arenales quien de Lima debería

caer sobre Huancayo y Jauja donde se encontraban las posiciones de Canterac. Por supuesto que en estos planes también se tomaba en cuenta lo que podía hacer la división Urdininea. En la cláusula cuarta de estas instrucciones, San Martín recuerda a Alvarado "que debe mantener ileso y en su respectiva integridad todo el territorio que por sus límites conocidos corresponde a las Provincias Unidas" y que al final de la campaña se convocará a un "congreso general y convención preparatoria según las circunstancias lo exigieren y lo demande la utilidad general del país". (Caillet-Bois y González 1978, I: 168). Estas instrucciones de San Martín redactadas sólo dos días antes de abandonar el Perú, sobre todo la cláusula cuarta transcrita muestran el divorcio que existía entre él y los peruanos nativos. Al propender la segregación de las provincias altoperuanas para reincorporarlas al Río de la Plata, el Protector estaba retrotrayendo la situación a 1810 lo cual obviamente no podía ser del agrado del sentimiento nacionalista peruano. Tal sentimiento estuvo presente a lo largo de todo el proceso de emancipación y él sirve para explicar muchos de los fenómenos socio-políticos de la época los cuales por falta de un empeño historiográfico más a fondo, aparecen nublados con juicios de valor como las socorridas "traiciones", "desprendimientos" o "deslealtades". Pero al hacer la promesa de que pasada la guerra se convocaría a un congreso general, San Martín estaba intuyendo correctamente que el deseo de las provincias altoperuanas era el de constituirse en estado autónomo. Desde Lima, por el contrario las cosas se veían de manera distinta y no se concebía una parcelación del Perú. Es así como la Constitución de 1823 consagró la siguiente definición: "El Congreso fijará los límites de la república de inteligencia con estados limítrofes verificada la total independencia del Alto y Bajo Perú" (Basadre 1968, I: 124).

San Martín dejó en el Perú una "Junta Gubernativa" integrada por José de La Mar, nacido en Cuenca, Ecuador, Felipe Antonio Alvarado, comerciante salteño hermano de Rudecindo y por Manuel Salazar y Baquíjano, conde de Vista Florida, figura decorativa que representaba a la aristocracia limeña. En el Congreso las figuras dominantes eran el presbítero arequipeño Javier Luna Pizarro y el célebre tribuno de Huamachuco, José Faustino Sánchez Carrión anti-monarquista apasionado a quien

se acusó de autor intelectual del asesinato de Monteagudo (La Constitución peruana actual, sancionada en 1978 consagra a Sánchez Carrión como "padre de la patria"). Fue este gobierno el encargado de impulsar la expedición que San Martín había preparado. Ella zarpó del Callao el 10 de octubre de 1822 compuesta de 3.500 hombres y llegó a Arica dos meses después. Una fuerza de 2.000 soldados colombianos que Bolívar había enviado al mando del general Juan Paz del Castillo, rehusó formar parte de la expedición de Alvarado. Arenales por su parte no pudo reunir la tropa necesaria para actuar sobre Jauja lo cual permitió la reunión de los ejércitos realistas. El 20 y 21 de enero de 1823, tropas combinadas de Canterac y Valdés inflingieron una contundente derrota a Alvarado en Torata y Moquegua.

La Fuente, enfermo y cansado volvió a Lima y el 12 de diciembre hizo conocer a los miembros de la Junta los detalles de su azarosa y frustrada comisión. San Martín partió a Buenos Aires donde había muerto su esposa y tenía su hija huérfana con quien emprendió viaje a Europa. Pero antes de hacerlo, seguía prometiendo a Urdininea: "Aunque retirado de todo negocio público no por ésto dejaré de influir por todos los medios que estén a mi alcance; al efecto la primera operación que haré a mi llegada a Buenos Aires será interesarme con aquel que auxilie a su división tanto más necesario cuanto el contraste que ha sufrido Alvarado pone a estas provincias a merced del enemigo. También ofrezco a Ud. interesarme con algunos amigos del comercio de aquella ciudad" (8). Pero derrotado en Ica, desairado en Buenos Aires y Guayaquil, con una misión en Europa en busca de un rey extranjero para el Perú, derrotado nuevamente en Torata y Moquegua, San Martín ya no concitaba la atención de nadie. Invirtió la ruta de Castelli, Belgrano y Rondeau para llegar al Alto Perú y tampoco lo logró. Pero en ese esfuerzo dió la libertad e inauguró la independencia de dos países. ¡Para qué más gloria!

(8) San Martín a Urdininea, s/f., en Romero 1978: 57. Moreno resume la situación así: "en 1822 desde Chile y en 1823 desde Mendoza no cesó San Martín de pedir para esos dragones voluntarios ante los pueblos y gobernadores y ante algunos prestamistas y usureros" (Moreno 1905: 281).

6. *El esfuerzo final de Piesdeplomo*

Si los pies del benemérito general Urdininea eran tan pesados como el plomo, tal lastre no fue congénito ni adquirido por cuenta propia como sugiere René Moreno (9). Fue puesto más bien por las circunstancias políticas altamente desfavorables al fin propuesto. Primero la negativa de Buenos Aires, luego la ambivalencia demostrada por Bustos, la pobreza de las provincias que debían contribuir a la expedición y la anarquía en que ellas se encontraban y finalmente el abandono que hizo San Martín del gobierno peruano. A fines de 1822, Urdininea recibió una nueva promesa de ayuda, esta vez del gobernador de Tucumán Bernabé Araoz (Romero 1978: 57). Luego en 1823 cuando estaba en condiciones de actuar militarmente, Buenos Aires pone de nuevo el plomo a los pies de Urdininea prohibiéndole toda acción por haberse firmado la Convención Preliminar de Paz con los españoles (10). Esto le impidió cooperar con la expedición de Andrés de Santa Cruz y ayuda a explicar el desastre que ella sufrió. Y luego ocurren las rivalidades e incidentes en Tucumán que culminan con la prisión, aunque por tiempo breve, del propio Urdininea. Y para remate, entre mayo y septiembre de 1824 es Arenales quien, por divergencias sobre el destino del Alto Perú, le impide actuar. Sólo tuvo la satisfacción de concurrir a la capitulación de Barbarucho Valdés el último comandante realista en territorio boliviano (11).

-
- (9) "Este escuadrón de voluntarios salido de San Juan con recursos de esta provincia anduvo engrosándose, disciplinándose y manteniéndose a través de las provincias cerca de dos años (1823 y 1824). Si la empresa no tuvo éxito, culpa fue de la hostilidad de Buenos Aires y de Piesdeplomo, es decir de Urdininea mismo" (Moreno 1905: 277).
- (10) Romero 1978: 61. En el trabajo de la Sra. Romero se incurre en dos pequeños errores. Se da el 8 de mayo como fecha en la cual ya se había firmado la Convención Preliminar, cuando en realidad ello currió sólo el 4 de julio. En segundo lugar, se habla de Manuel Blanco Encalada cuando debía ser Ventura, del mismo apellido (Ver Santa Cruz-Schuchrafft 1976: 405).
- (11) Romero 1978: 73-97. La autora defiende la actuación de Urdininea y rectifica el gravioso aunque peyorativo sobrenombre que le puso Moreno.

7. *La búsqueda de rey para el Perú*

Si San Martín había de congraciarse con la aristocracia limeña, lo mejor que podía hacer con ella era ofrecerle una forma de gobierno compatible con su tradición y con sus intereses. Además, debía responder a una tendencia universal de ese momento y estar de acuerdo con la ideología de los protagonistas foráneos de la revolución que básicamente eran el propio San Martín y sus ministros Monteagudo y García del Río. En otras palabras, había que implantar en el Perú una monarquía de nuevo cuño.

San Martín había sido testigo de los esfuerzos monarquistas de Rivadavia y de Belgrano en Europa. En su momento apoyó el proyecto de monarquía incaica, y alentó a Pueyrredón para el entendimiento con Francia y la coronación del príncipe de Lucca en Buenos Aires. Hacía muy poco que negociaba con La Serna a fin de traer un noble español para rey del Perú. Pero todos esos proyectos habían fracasado no sólo por el desinterés de las casas reinantes en Europa, sino también por la impopularidad de ellos en las masas americanas que la revolución decía liberar. Sin embargo el Protector insistía en el tema y alrededor de él trabajó desde el mismo momento de su llegada al Perú. A este fin, junto con Monteagudo fundó la "Sociedad Patriótica de Lima", corporación en apariencia dedicada a temas literarios pero donde se discutían asuntos científicos, económicos y políticos.

A fin de que no aparecieran como ideas suyas, San Martín sometió a consulta de la Sociedad cual sería la mejor forma de gobierno para el país y aquella "sostuvo que no era adaptable al Perú el sistema democrático popular" e hizo conocer esta decisión a través del Presbítero José Ignacio Moreno (Paz Soldán 1868: 272). El Protector creó asimismo un Consejo de Estado presidido por él, encargado de poner en práctica las recomendaciones de la Sociedad Patriótica. De esa manera, el 24 de diciembre de 1821 se aprobó el plan monárquico ya que "a fin de que el Estado adquiriera la respetabilidad exterior, conviene el establecimiento de un gobierno vigoroso, el reconocimiento de la independencia y la alianza o protección de una potencia de

primer orden en Europa" (Humphreys 1952: 272). Era pues necesario conseguir rey.

Los aventureros busca reyes fueron esta vez Diego Paroissien y Manuel García del Río. El primero era un británico de origen francés que en la Argentina se había incorporado a la expedición de San Martín y cuya flexible personalidad lo hacía actuar de acuerdo a las circunstancias como soldado, cirujano, diplomático o negociante. García del Río, Ministro de San Martín, era nacido en una ciudad de la costa colombiana hijo de un rico comerciante español y de una negra. En 1802 fue enviado a estudiar a Cádiz donde conoció a San Martín y abrazó las ideas liberales. Ya había estado en Londres en 1814 como agente financiero de Nueva Granada y volvió a América en 1818. Fue un anglófilo toda su vida (Bretos 1972: 62).

Las instrucciones para estos comisionados, aunque les daban campo para elección del país y del monarca, recomendaban especialmente a Inglaterra "debido a su fuerza marítima, su potencial financiero, sus vastos recursos y la excelencia de sus instituciones políticas". También había que considerar a Rusia debido a su poderío e influencia política. En consecuencia, los comisionados podían aceptar como rey o emperador del Perú ya sea al príncipe de Saxo Coburgo, o en su defecto a uno de la casa real británica, de preferencia el duque de Sussex. Este, según lo afirma un historiador británico era "ciertamente uno de los hijos menos dudosos de Jorge III pero debido a sus aficiones literarias, escasamente apto para gobernar el Perú" (Humphreys 1952). En cuanto al príncipe de Saxo Coburgo, seguramente se trataba de Leopoldo, futuro rey de los belgas quien había sido esposo de la finada princesa Carlota que vivía en Inglaterra.

Los comisionados fueron instruidos, asimismo, para advertir al candidato que él debía abrazar la religión católica y prestar juramento de observar la Constitución. Si ninguno de los dos candidatos nombrados estuviera disponible "bastaría con un príncipe alemán o austriaco a condición de que tuvieran apoyo británico". Pero si no se pudiera conseguir nada de esto debido a objeciones británicas, debían los comisionados tratar directamente con el Zar de Rusia y pedirle que le nombrara un príncipe

de su confianza. En último caso podían aquellos recurrir a Francia o Portugal, y si todo fracasara, quedaba aún el recurso del duque de Luccà (12).

Paroissien y García del Río llegaron a Buenos Aires, procedentes de Lima, el 23 de abril de 1822 y de paso por esa ciudad debían solicitarle auxilios lo cual no consiguieron. El 7 de mayo partieron para Europa (Moreno 1905: 267). Llegaron a Londres poco después del cambio político ocurrido a raíz del suicidio del Ministro Castelreagh y el advenimiento al Ministerio de Asuntos Exteriores de su rival George Canning. El 9 de septiembre notificaron con sus credenciales al Foreign Office como enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios del Perú. Canning los recibió pero les hizo saber claramente que aún no existían posibilidades de un pronto reconocimiento de la independencia del Perú por parte de Inglaterra. En vista de esta situación, los negociadores no se atrevieron a expresarle el objeto de la misión que llevaban y se concretaron a plantear la necesidad de que se pudiera negociar un tratado. Esa primera entrevista con Canning fue también la última. A nadie avisaron el verdadero motivo que los había llevado a Londres y "ni el príncipe Leopoldo ni el duque de Sussex jamás se enteraron del honor que quiso serles conferido a uno de los dos" (Humphreys 1952).

Los demás detalles de esta misión, guardan una embarazosa semejanza con la similar de Rivadavia y Belgrano cuatro años antes. No consiguieron interesar a ningún príncipe, ni fueron a San Petersburgo a buscar al Zar Alejandro ni concluyeron ningún tratado con nadie. El 22 de noviembre ante la renuncia de San Martín, el Congreso peruano les revocó los poderes.

Paroissien y García del Río, negociaron sin embargo un crédito de un millón doscientos mil libras para el Perú. Lo obtuvieron de la firma Everett, Walker, Mathby Ellis and Co., la cual concedora de los acontecimientos políticos ocurridos en el Perú ante el alejamiento de San Martín, solicitó a la High Court

(12) Humphreys 1952. Las instrucciones reservadas y todos los detalles de este "affaire" se encuentran también en Paz Soldán (1868).

of Chancery la anulación del crédito. El Lord Chancellor dio curso favorable a la petición y los tenedores de bonos del gobierno peruano que respaldaba el crédito, el 23 de marzo de 1823 solicitaban a Canning que no se reconociera aquel gobierno "para evitar que los demandados prosperen en su alegato de inmunidad diplomática" (13).

La búsqueda de rey para el Perú es un episodio más que muestra la desesperación de San Martín para consolidar su régimen en ese país lo cual no pudo conseguir pese al ejemplar estoicismo con que hizo frente a su odisea.

(13) Public Record Office, FO 61-1/28. En 1825, Paroissien estuvo en Bolivia empeñado en fantásticos negocios mineros que lo llevaron a organizar en Londres una efimera sociedad llamada "Potosí, La Paz and Peruvian Mining Association" (Humphreys 1952).

BIBLIOGRAFIA

- ANNA, Timothy E.
1979 *The fall of the royal government in Peru*, Lincoln, Nebraska.
- BARROS ARANA, Diego
1865 *Compendio de historia de América*, Santiago
- BASADRE, Jorge
1968 *Historia de la República del Perú*, 6ª edición, Lima.
- BRETOS, Miguel A.
1972 *From banishment to sainthood, a study of the image of Bolívar in Colombia, 1826-1833*; Tesis doctoral, Vanderbilt University, Nashville, Tennessee.
- CAILLET-BOIS, R., y J.C. González
1978 *El "Diario" y documentos de la misión sanmartiniana de Gutiérrez de la Fuente (1822)*, estudio y selección de..., Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- CORREAS, Edmundo
1968 *Plan, continental y campaña libertadora de San Martín en Chile*, en Levillier 1968.
- EPISTOLARIO
1970 *Epistolario de Belgrano*, Buenos Aires
- HUMPHREYS, R.A.
1952 *Liberation in South America, the career of James Paroissien, 1806-1827*, Londres.
- LEVILLIER, Roberto
1968 *Historia argentina*, Buenos Aires.
- MORENO, Gabriel-René
1905 *Perú y Bolivia, más notas históricas y biográficas*, Santiago.
- OTERO, José Pacifico
1945 *Historia del Libertador don José de San Martín*, Buenos Aires.

- PAZ, José María
1892 *Memorias póstumas*, 3 vols., La Plata.
- PAZ-SOLDAN, Mariano Felipe
1868 *Historia del Perú Independiente. 1819-1822*, Lima.
- ROMERO, Florencia Ballivian de
1978 *José María de Urdininea, un general de la Independencia, 1819-1825*, La Paz.
- SAMHABER, Ernst
1961 *Sudamérica. Biografía de un continente*, 2ª edición, Buenos Aires.
- SANTA CRUZ-SCHUCHRAFFT, Andrés de
1976 *Archivo del Mariscal Andrés de Santa Cruz*, La Paz.